



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

NO. 1 VOL. 27

ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y MADRE

LECTURA

AÑO I **SEMANTAL** **PRE-**
NÚM. 27 **POPULAR** **CIO:**
4 MAYO **10**
1926 **CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la próxima página).

Tanto sentían que no acertaban a expresarlo.

Por algunos minutos fue absoluto el silencio.

No se percibía otro ruido que el de la respiración violenta y desigual del comendador y su criado.

La escena no podía prolongarse.

¿Se declararía vencido Andrés?

Esto era imposible.

Ya sabemos que su audacia rayaba en la exageración, en la temeridad.

En cuanto le fue posible reflexionó, pensando que él también podía echar a su señor en cara faltas gravísimas.

No debemos olvidar tampoco que Andrés estaba dotado de ingenio fecundo, y que no habían de faltarle razones para justificar su conducta.

Empezó a recobrar el dominio sobre sí, dio a su rostro distinta expresión, recogió la espada, levantó la cabeza, miró a su señor, encogióse de hombros, y dijo:

—¡Lo siento; pero la culpa no es mía!

Estas palabras, pronunciadas fríamente, produjeron en el padre de María la más profunda sorpresa.

Por de pronto no necesitaba más Andrés.

Había parado el primer golpe, que era el más terrible, y ya estaba casi seguro de triunfar.

Sin embargo, don Pedro gritó por segunda vez:

—¡Traidor, traidor!

El sirviente desplegó una amarga sonrisa y replicó con acento irónico:

—¡Traidor porque os sirvo, porque obedezco vuestras órdenes! ¡Así me pagáis! ¡Pero no importa, porque éste es un desengaño más que tiene bien poco valor después de los que ya he sufrido!

—¿Y aun te atreves?...

—A decir que soy un hombre honrado; sí.

—¡Oh!

—Lo repito: la culpa no es mía; y aunque lo siento mucho, mi conciencia está tranquila. Todo iba bien; pero habéis perdido la paciencia, os habéis dejado engañar por este rapazuelo, y así, una vez más, se han burlado de vos y de mí. ¿Queréis la prueba? La tendréis muy pronto.

—¿Dónde está Consuelo, dónde?

—En esta casa; ya debéis de saberlo.

—¡Sí; y en poder del conde de Rocanegra!

—Según lo convenido.

—¡Mientes!

—Eso podríais decírmelo si me hubierais dejado concluir y hubicseis visto que el conde triunfaba; pero ahora no tenéis derecho para acusarme.

—¡Me has engañado, miserable, y pagarás cara tu traición!

—Castigadme—replico Andres con una audacia inconcebible—; pero desgraciadamente, vos mismo os habéis castigado por vuestra torpeza.

—¡Acabemos!—gritó fuera de sí el comendador.

—Subid, que poco trabajo os costará encontrar a Consuelo.

Querubín no había pronunciado una palabra.

Continuaba sonriendo burlonamente.

El comendador, cuyo trastorno acrecentaba, subió para buscar a su hija y al conde.

—Ahora soy vuestro guardián—dijo entonces el hijo de Monzón—; y supongo, señor Andrés, que no intentaréis huir, porque aun tenéis que dar explicaciones a vuestro señor. Creisteis burlaros de mí, estabais muy orgulloso por haber tomado el desquite, y ni siquiera sospechasteis que hasta el cándido, inocente y torpe señor Policarpo os engañaba.

Dos centellas se escaparon de los ojos de Andrés.

Querubín se sentó, porque necesitaba descansar.

El otro criado de don Pedro permanecía en pie junto a la puerta.

¿Cómo justificaría su conducta Andrés ?

Parecía esto imposible; pero estaba seguro de conseguirlo, y si no recobraba por completo la calma, era porque le hacía sufrir mucho aquella derrota.

Don Pedro de Saavedra subió, atravesó algunas habitaciones, y llegando junto a una puerta, detúvose y escuchó.

A sus oídos llegó la voz de Consuelo que decía:

—Caballero, me obligáis a decir lo que quisiera callar: ¡desprecio, no más que desprecio me inspiráis!

—Todo eso está bien—replicó el conde—; pero necesito absolutamente satisfacer mi pasión: y como estáis en mi poder y nadie ha de ponerme estorbos...

—Me queda una defensa.

—¿En qué consiste ?

—¡La muerte!—dijo con firmeza Consuelo.

No pudo el comendador dominarse, y levantando la cortina que cubría la puerta, dio un paso.

Resonó un grito.

El conde se puso en pie y fijó una mirada de ira y de sorpresa en su amigo.

La sorpresa se pintó también en el semblante de la joven.

No conocía ésta al padre de María, y por consiguiente, no pudo adivinar quién era aquel anciano que tan repentinamente se presentaba con el rostro lívido y descompuesto, la mirada centelleante y amenazador ademán.

¿Era un nuevo enemigo ?

¿Era un socorro enviado por la Providencia ?

Ocurrióle pensar a la hija de la señora Mariana que aquel anciano era don Juan de Monzón, el padre de Querubín.

En cuanto al conde, no era posible la duda; pero no se

le alcanzaba por qué su amigo el comendador acudía en socorro de Consuelo.

Esto era inexplicable para el padre de Leandro.

Don Pedro sabía ya que el conde había de representar el papel de seductor para que su hijo quedase enteramente libre y pudiera casarse con María.

Además, don Pedro había ayudado al conde en la criminal empresa, facilitándole el camino con los servicios de Andrés.

Las explicaciones eran absolutamente precisas.

Algunos minutos pasaron sin que aquellas tres personas hicieran más que mirarse.

Por fin el comendador rompió el silencio para decir:

— ¡Llego a tiempo!

— ¡Según! —respondió el conde.

—No comprendéis lo que pasa, caballero; pero yo os lo explicaré.

—¿Habéis venido para proteger a esta joven?

—Sí; he venido para salvarla.

—¿Vos?

—Yo, señor conde.

— ¡Bien decís que necesita explicación lo que pasa! ¿Cuando consigo triunfar me ponéis un estorbo? ¡Oh! ¡Loco debo de estar, o vos habéis perdido la razón! ¡Si no es así, yo sueño, y me alegraré de despertar pronto!

—Os convenceréis de que ni soñáis ni he perdido la razón.

—Sentaos, caballero, y si nos es posible conservar la calma...

—No la perderé, si vos no me hacéis perderla.

—Si algo trastornado me veis, es por la sorpresa; pero ya me he repuesto, comendador.

—Voy a explicarme.

—Os escucho.

—Antes, permitidme...

Interrumpióse don Pedro, y añadió dirigiéndose a la joven:

—¡Salid, bajad! ¡Querubín os aguarda!

Púsose Consuelo en pie y dio un paso hacia la puerta; pero el conde la detuvo, diciendo resueltamente:

—¡No saldréis de aquí!

—¿Por qué?

—¡Porque yo no quiero; porque a mí no se me arrebatara una mujer sino después de quitarme la vida!

—¡Dejadla!—dijo don Pedro de Saavedra.

—Antes sepamos qué derechos tenéis sobre esta mujer.

—Soy su protector.

—Es poco.

—Soy su amigo, su pariente...

—¡Bah!

—Señor conde...

—¿Queréis disputármela? ¡Sea, si así os empeñáis!

—¡En nombre de la justicia, del honor!...

—¡Si del honor se trata, desnudad el acero!

—No, porque no he venido para mataros ni hacerme matar; aunque si os empeñáis, caballero, con la espada terminará esta cuestión. Pero por de pronto saldrá Consuelo, y si para conseguirlo no soy bastante, los que me acompañan acudirán.

—¡Sois prudente y precavido!—replicó el conde con ironía.

—¡Me ofendéis!

—¡Si os ofendo, pedidme satisfacción, que pronto estoy a darla como cumple a un caballero!

—Debemos entrar en explicaciones; ya lo sabéis.

—¿Y por qué no habéis principiado?

—¿En presencia de esta infeliz mujer?

—No os conviene, es verdad; y, sin embargo, casi estoy seguro de que ella no os conoce.

—Bastante será que yo pronuncie mi nombre—replicó don Pedro.

Habían empezado las ofensas, y ya era imposible que aquellos dos hombres se entendieran si la situación no tomaba nuevo giro.

Después de las duras frases que se habían cruzado, debía terminar la cuestión con la espada.

Podía muy bien el comendador llamar en su auxilio a Querubín y a sus dos criados; pero esto hubiera sido una cobardía.

El honor le mandaba arrostrar solo todos los peligros, y don Pedro era esclavo de las leyes del honor.

Una vez que había dado el primer paso, tenía que dar el último.

Esto lo había previsto Querubín, y tal vez adivinaba el resultado.

No era cobarde el comendador; pero le parecía una estupidez acudir a la espada, probablemente para sucumbir, dejando así a Consuelo a merced del conde.

La conciencia atormentaba al padre de María, e, impulsado por la conciencia, tenía que continuar por el camino que menos convenía a sus intereses y a sus planes.

Dar explicaciones en presencia de Consuelo, era colocarse en muy mala situación; pero ya no había más remedio que hacerlo así, puesto que el conde no había de retroceder.

—¡Os empeñáis, y será!—dijo el señor de Saavedra después de algunos minutos.

—¡Peor para vos!—respondió el conde.

—Si cumplo mis deberes, lo demás nada me importa.

—¡Está bien!

—Sentaos—dijo el comendador a Consuelo—, y nada

temáis, porque en esta cuestión nadie más que yo ha de perder.

Guardó silencio la joven.

Nada nuevo para ella iba a oír, puesto que estaba al corriente de los planes del comendador. Fijó éste la mirada en su hija, diciendo para sí:

— ¡Es hermosa y de noble continente! ¡Oh! ¡Me dominaré!

Guardó silencio como para coordinar sus ideas, y luego dijo:

— Caballero, he querido ayudaros para evitar que vuestro hijo cometiese la locura de casarse con una mujer que, aunque bella y virtuosa, por su clase humilde no puede aspirar a ser esposa de un hombre ilustre.

— No es eso precisamente lo que os proponíais, don Pedro, puesto que, por mucho que os intereséis por la suerte de mi hijo, como al fin no es vuestro pariente, ni vuestro amigo siquiera...

— ¡Perdonad!

— ¡Dejadme concluir!

— Es muy cierto que me proponía también quitar el único estorbo que había para que con mi hija se casase don Leandro.

— Yo me ofrecí a inutilizar a la mujer a quien ama, y vos...

— Os ayudé, suponiendo que se trataba de una farsa; pero nunca fue mi intención que las cosas llegaran al punto de que se deshonrase a esta infeliz. No me dijisteis que estabais enamorado de la desgraciada que nos escucha, sino que fingíais una pasión: pero al mismo tiempo prometisteis respetarla. Me habéis engañado, pues la farsa la habéis representado conmigo, y, a pretexto de secundar un plan cuyo resultado no debía ser otro que el de la unión de nuestros hijos, buscabais la satisfacción de pasiones impuras; queríais cometer el

abuso más criminal. No, caballero; eso no: si a costa del honor de esta infeliz ha de casarse don Leandro con mi hija, no quiero que semejante unión se realice.

—¡Bien muy bien!—dijo el conde con ligera ironía—
¡Habláis como un hombre de conciencia escrupulosa!
¡Verdad es cuanto habéis dicho!

—Entonces...

—Ni à vos ni a mí se nos ocurrió que la farsa presentaba un peligro, pues, en fuerza de querer yo representar hábilmente mi papel, ha sucedido que de veras me enamoré de la mujer amada por mi hijo; y una vez que enamorado estoy, la pasión me ciega, no puedo retroceder, y si alguien intenta ponerme estorbos, apelaré a todos los medios y lucharé hasta morir. ¿Os quejáis de haber sido engañado? Tened paciencia, que a mí me sucede lo mismo. Vuestro criado fingió servirme, y ahora veo que para mí ha sido un traidor. ¡Peor para él, porque su atrevimiento no ha de quedar sin castigo! Y como no olvido quien soy ni lo mucho que valgo, os juro que ese villano miserable ha de pagar muy cara su traición.

—Estáis equivocado.

—Si equivocado estoy, decid quién ha podido traeros esta noche aquí.

—Un hombre a quien odio, porque me tiene declarada la guerra; uno que fue mi amigo y vuestro también; que vale mucho más que mi criado, más que vos...

—¡Su nombre!

—Querubín.

—¡Siempre ese rapaz!

—De vos se ha burlado esta noche; con vos ha venido a esta casa, puesto que era uno de los que conducían la silla de manos, y apenas dejó aquí a Consuelo, fue a buscarme.

—¡Imposible!—exclamó aturdido el conde.

—No hay nada imposible para ese mancebo. Seguro estoy de que él fue quien sacó del convento a mi hija: le aborrezco, y, sin embargo...

—¡Pues bien; pronto ese niño tendrá una prueba de lo peligroso que es burlarse de mí!

Aquí quiso el conde poner fin a la conversación.

Todos los razonamientos eran inútiles.

Ya la fuerza era el único medio de resolver la cuestión.

Consuelo, que había permanecido inmóvil y con la mirada fija en su padre, se levantó, corrió hacia la puerta y salió.

Con tanta prontitud hizo esto, que nadie pudo evitarlo.

Dejó el conde escapar un rugido y corrió también tras la joven, al ver lo cual, el comendador siguió al conde.

Uno tras otro bajaron los tres, llegando adonde estaban Querubín, Andrés y el otro criado. La escena cambiaba.

Sintió el conde que a su cabeza aflucía toda su sangre.

No estaba dispuesto a darse por vencido: se colocó junto a la puerta, sacó la espada y dijo fuera de sí:

—¡Aquí me tenéis! ¡Sobre mi cadáver habéis de pasar para salir!

También don Pedro se sintió arrebatado por la cólera, y llevó la diestra a la espada; pero Querubín, conteniéndole, le dijo:

—Quieto, caballero; que si con la espada desnuda nos sorprende la justicia, tendremos mucho que sentir. Si se nos acomete, nos defenderemos; pero no sucediendo así, debemos concretarnos a esperar, y ya sabéis que dentro de pocos minutos todo habrá concluído.

Estas palabras parecían indicar que de un momento a otro debía llegar un juez con su acompañamiento de

alguaciles, y en semejante caso nada podría ya hacer el conde.

No temía éste la muerte, pero sí el escándalo.

Empezó a creer que era muy crítica su situación.

¿Debía ceder?

Esto le parecía una mengua.

— ¡Esperad! —dijo Querubín.

Y tomó escalera arriba.

Mirábanse los unos a los otros.

Consuelo se había colocado en un rincón y estaba inmóvil como una estatua.

Nerviosa palidez cubría su rostro.

Sufría mucho, porque le era imposible evitar que corriese la sangre.

Nunca como entonces dio pruebas de su temple de alma, puesto que sabía ya que el comendador era su padre, y tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos para dominarse y contener los impulsos de su corazón.

Bien pronto volvió Querubín, seguido del criado del marqués, que contempló aturdido aquel cuadro.

Perico se quedó en la escalera y en sitio desde donde no podía ser visto por el conde de Rocanegra.

— ¡Aguardad todavía! —dijo Querubín.

Y tomó por un pasillo.

Cuando volvió, le acompañaba el señor Policarpo.

Temblaba éste, y miraba recelosamente al criado de don Pedro.

Iba el conde a provocar otra vez a sus adversarios, cuando recios golpes resonaron en la puerta.

— ¡Esto va bien! —murmuró el hijo de don Juan de Monzón.

¿Era la justicia?

Nosotros sabemos que no; pero el conde creyó que sí.

Provocar una lucha sangrienta, era hacer doblemente crítica su situación.

Envainó, pues, la espada, y se separó de la puerta. Sinistro fulgor iluminaba sus ojos.

Querubín abrió.

No era la justicia, sino el joven marqués de la Pradera con algunos de sus criados, que acudió cuando supo lo que había sucedido a los conductores de la silla.

Un grito de sorpresa y de júbilo dejó escapar el conde.

Don Pedro de Saavedra comprendió intuitivamente que el marqués era un nuevo enemigo.

Querubín desplegó una sonrisa, se acercó a Consuelo y le dijo:

—¡Tranquilizaos, que nada tenéis que temer!

—Pero ¿qué significa esto?—preguntó el marqués mirando a los unos y a los otros.

—¡Ah!—exclamó su criado atreviéndose entonces a hablar— Yo no sé cómo estos hombres se han introducido en la casa. Me han sorprendido, me han atado y tapado la boca...

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no entiendo lo que pasa!

—Yo tampoco.

—Lo entenderéis cuando yo os lo explique—dijo el conde a su amigo.

Empero éste, reconociendo al comendador y queriendo cumplir los deberes que la buena educación le imponía, le dijo:

—Caballero, perdonad si no os he saludado; pero en medio de esta confusión...

—Perdonado estáis, marqués.

—Me siento aturdido, y...

No pudo el marqués decir más, porque otras personas se presentaron.

Eran Leandro, el señor de Guevara y don Juan de Monzón.

La confusión aumentaba así.

Contrájose más de lo que estaba el rostro del conde al ver a su hijo.

Éste fijó toda su atención en Consuelo, como si no hubiera visto que allí estaba su padre.

No debían esperarse más que escenas violentas, aunque ya la sangre no había de correr, pues el conde no cometería la locura de emprender a cuchilladas con cuantas personas se encontraban allí.

Lo que sufría Consuelo lo comprendían solamente Querubín y Leandro.

El primero, queriendo evitar que se entrase en explicaciones enojosas, dijo al comendador:

— ¡Caballero, cumplid vuestro deber!

— Mi deber...

— ¡Ahí la tenéis! —repuso Querubín señalando a la joven.

— ¡Tripas de Lucifer! —exclamó el señor de Guevara— ¡Aquí estoy yo, que represento!...

— Perdonad —interrumpió Leandro—; pero sois un testigo y nada más, lo mismo que yo.

Don Pedro se acercó a su hija, le ofreció el brazo y le dijo:

— ¡Venid!

No vaciló un instante Consuelo.

Dirigiéronse hacia la puerta; pero el comendador, deteniéndose y acercando los labios al rostro del hijo de la condesa, le dijo en voz muy baja:

— ¡A pesar de todo esto, seréis esposo de María; os lo juro!

— ¡Sí —respondió Leandro con acento breve—; yo también juro que he de ser esposo de vuestra hija!

Y al pronunciar estas palabras fijó una mirada intensa en Consuelo.

Ésta y su padre salieron sin que nadie se atreviera a oponerse.

Los siguieron Querubín y el señor Policarpo, después de decir el primero:

— ¡Dios os dé salud y os devuelva la calma!

— Señor conde—dijo entonces el señor de Guevara—, no sé si consideraréis como una ofensa mi proceder; pero ya sabéis que si ahora me alejo, no me voy del mundo.

Y también salió.

Silenciosamente devoraba su cólera el padre de Leandro.

Sufría aquellos insultos sin que le fuera posible vengarse.

Don Juan de Monzón fijó en el conde una mirada cuya significación nadie pudo comprender, y luego dijo lentamente:

— Ese mancebo que acaba de irse se llama Querubín de Monzón, y yo, que soy su padre, acepto toda la responsabilidad de sus acciones.

Ni una palabra más pronunció.

Nadie le contestó.

Siguió a sus amigos.

Tras él salió Leandro.

Los que quedaron en la casa se miraron con asombro.

Excepto el conde y Andrés, nadie había comprendido aún lo que pasaba.

— ¡Oh! —murmuró al fin con reconcentrada voz el padre de Leandro.

— Amigo mío—dijo el marqués—, lo que sucede no lo entiendo; pero habéis perdido la partida. Entre vuestros adversarios hay uno que vale más que vos, más que todos nosotros. No os desesperéis, porque en esta clase de intrigas es tan fácil ganar como perder.

— ¡Venid, tenemos que hablar!

—Sí, deseso que me deis explicaciones.

Subieron el conde y el marqués.

Andrés miró a todos lados.

—¿Y qué tengo que hacer aquí?—se preguntó— ¡Pierdo el tiempo!

Sin dirigir la palabra a los criados del marqués, salió el de don Pedro de la casa.

Bien pronto desapareció entre las tinieblas. Una hora después llegaba a la calle de San Bernardo.

Iba a esperar a su señor para continuar las explicaciones y probarle que no era un traidor; sino que había cumplido fiel y lealmente su deber.

Sin articular una sílaba y lentamente avanzaban entre tanto el comendador y Consuelo.

Ella estaba profundamente conmovida.

Don Pedro temblaba.

Tenía miedo de mirar a su hija, y no se atrevió a volver la cabeza.

Bien puede decirse que Querubín le había condenado a un horrible martirio.

Dos criados marchaban delante con linternas, pues, además del que antes había acompañado al comendador, iban los otros dos de don Juan.

Éste, Querubín, Leandro, el señor de Guevara y el sastre, a treinta o cuarenta pasos de distancia seguían al comendador y a Consuelo.

Tampoco hablaban, y al ver cruzar aquellos bultos hubiérase creído que era una procesión de fantasmas.

Para don Pedro no había concluido la situación, sino que había llegado a su punto más crítico.

¿Querían obligarle a ver a Mariana y a declarar que era padre de Consuelo?

Esto era lo peor que podía sucederle.

Digno era de compasión en aquellos momentos. Cavilaba, empeñándose en adivinar lo que había de suceder.

Los minutos que transcurrían le parecían tan largos como breves, porque, a la vez que deseaba que terminase aquella situación, temía que el atrevido mancebo le pusiera en el mayor de los apuros.

No estaba el comendador dispuesto a reconocer que era padre de Consuelo; pero le hacía temblar el escándalo, que daría al traste con su reputación.

Siempre silenciosamente entraron en la población y atravesaron calles y calles.

Llegaron al fin a la costanilla de Santiago. Don Pedro y su hija se detuvieron.

El primero tembló, y sin dar tiempo a que los otros se acercasen, dijo:

—Ya he cumplido mi deber por esta noche, y para lo porvenir adoptaré las precauciones convenientes.

Creía que la joven le detendría; pero, con gran sorpresa suya, no sucedió así, y don Pedro dio algunos pasos.

La hija de la señora Mariana no articuló una sílaba.

Se sentía desfallecer, y tuvo que apoyarse en la puerta de su casa.

Cuando don Pedro se convenció de que le dejaba en libertad completa, retrocedió, acercóse a nuestros amigos y les dirigió algunas corteses frases de despedida.

—¡Dios os guarde! —le respondieron.

El señor Policarpo abrió la puerta.

Entraron en la casa, apoyándose Consuelo en el brazo de don Juan de Monzón, que murmuraba:

—¡Pobre niña! ¡Alma noble!

Entretanto el comendador se alejaba con su criado y diciendo para sí:

—¡Me dejan! ¡No lo entiendo! ¿Con tan poco se contenta ese rapaz? ¡Necesito desaturdirme! ¡Mi secreto es ya conocido! ¿Se lo habrán revelado también a María? ¡Tengo miedo, mucho miedo; pero no retroce-

deré, sino que, por el contrario, me mostraré inflexible! ¡Conocen mi secreto; pero yo también conozco el de la condesa! ¡Oh! ¡Veremos quién puede más! ¡Yo tengo un arma con la que es muy fácil herir mortalmente el honor de una mujer, mientras que a mí no pueden acusarme sino de haber cometido una locura en mi juventud!

Estas y otras reflexiones siguió haciendo el comendador hasta llegar a su casa, donde ya hemos dicho que le esperaba Andrés.

Veremos si éste tiene suficiente habilidad para sincerarse.

CAPÍTULO LXXXVIII

Cómo se justifica Andrés

Seamos justos: don Pedro de Saavedra merecía el más terrible castigo, porque era un miserable; pero a la vez, y particularmente aquella noche, era digno de compasión. Había sufrido mucho, y cada vez sufría más.

Eran sus pasos vacilantes; doblábasele las rodillas, y sentía un aturdimiento parecido al que producen las bebidas alcohólicas cuando se toman en gran cantidad.

Sus ideas eran confusas, muy confusas, y en vano se esforzaba para discurrir.

¿Qué debía suceder?

Esto se preguntaba muchas veces; pero nunca acertaba a darse contestación.

Su secreto era conocido; aquel secreto que había guardado tan cuidadosamente y que pudiera calificarse de terrible.

—¿Sabe Consuelo que soy su padre?—decía el comendador mientras se dirigía a su casa—. Si este secreto no

se lo ha revelado Querubín, debo reconocer que es muy generoso, aunque no se comprende tanta generosidad. Y si ella lo sabe todo, ¿cómo se ha dominado, cómo se ha separado de mí sin pronunciar una palabra sobre tan grave asunto? ¡Oh! ¡Y qué hermosa es! ¡Y qué inteligencia y qué grandeza de alma revela en sus ojos!

En seguida pensaba el anciano en María, temblando a la sola idea de que ésta llegara a saber que tenía una hermana, cuya existencia era la prueba de un extravío, de una seducción, de un abuso criminal.

¿Y qué haría Querubín?

En cuanto a don Leandro, ¿no encontraría un pretexto para negarse a ser esposo de María?

El conde tampoco se olvidaría del suceso de aquella noche.

La situación no podía ser más complicada; y lo era doblemente para don Pedro, porque no acertaba a discurrir, porque todo lo veía confuso y vago.

La única esperanza risueña que le animaba era que Andrés le diese explicaciones.

Nosotros sabemos que no podía dar ninguna, y que lo único que haría sería mentir para defenderse y justificarse.

Abrieron la puerta de su casa apenas llamó el anciano, que entró y subió con cuanta rapidez le fue posible. Andrés le salió al encuentro y le siguió.

El señor de Saavedra se dejó caer en una silla, porque ya le era imposible sostenerse.

Su criado quedó inmóvil y esperando a que le interrogase.

Había tenido tiempo sobrado para reflexionar, y como creía que fácilmente saldría del apuro, estaba tranquilo, si bien aparentaba muy mal humor.

Don Pedro se pasó las manos por la frente.

—¡Ah!—exclamó— ¡No puedo más!

Como esto no era una pregunta, Andrés continuó silencioso.

Después de algunos minutos, haciendo un nuevo esfuerzo, el anciano dijo:

—¡Andrés, te lo perdonaré todo, absolutamente todo, a trueque de que me digas la verdad, dándome claras explicaciones para que yo entienda lo que pasa!

—¡Señor, nunca he mentido!

—¡Dudo si estoy soñando!

—No.

—¡Habla, que ya te escucho!—repuso el anciano, a quien ni para encolerizarse le quedaban fuerzas.

—Señor, lo que sucede es muy sencillo, muy claro.

—Para mí es muy oscuro.

—Si vuestra señoría no hubiese desconfiado de mí, nos habríamos evitado un gran disgusto, y no nos veríamos colocados en la más apurada situación.

—¡Todo eso está bien; pero no lo entiendo!

—Mucho sentiré que vuestra señoría haya perdido la memoria.

—La memoria no la he perdido, y en eso consiste precisamente mi mayor desgracia; pero lo que sí perderé será el juicio.

—¿No me había mandado vuestra señoría servir en la apariencia al señor conde?

—¡Sí!

—¿No habíamos convenido en que avanzaríamos hasta apoderarnos de Consuelo?

—¡También!

—Pues ni más ni menos que eso ha sucedido. Conseguí engañar al sastre, nos llevamos la muchacha, y yo había adoptado mis precauciones para que el conde quedase burlado; pero ese niño audaz estaba de acuerdo con el sastre, me dejaron dar el golpe, y después...

—¡Eso es lo que no comprendo!

—¿Pues por qué ha ido vuestra señoría en busca de Consuelo ?

—¡Para evitar que se consumara el abuso; porque nunca he querido que esa infeliz se vea deshonrada!

—Lo cual significa que habéis puesto en duda mi lealtad, suponiendo que yo había de consentir que se cometiera esa crimen.

—¡Poco menos que en brazos del conde he visto a Consuelo!

—Pero sin conseguir nada se habría quedado el conde esta noche; y mañana, cuando hubiera querido insistir, se habría encontrado con que la joven había desaparecido. Todo lo preparé, y los mismos bribones que nos habían servido de escolta esperaban mis órdenes para volver a llevarse a Consuelo.

—¿Y por qué no me habías participado con detalles tu plan ? ¿Por qué no me habías dicho que esta noche era la designada para dar el golpe ?

—Señor, desde que desapareció mi noble señora está vuestra señoría muy preocupado, sufre mucho, y no parecía bien hacerle pensar en otro asunto desagradable. Yo no soy de los que cantan victoria anticipadamente, y me propuse callar hasta que el triunfo fuese completo: así evitaba que vuestra señoría concibiese esperanzas que podían desvanecerse, como se hubieran desvanecido; pues, según hemos visto ya, otra vez ese mancebo endiablado, para quien parece que no hay nada imposible, se ha burlado de mí.

Al decir esto Andrés se contrajo su frente y relumbraron sus ojos.

No podía nombrar a Querubín sin sentirse horriblemente mortificado.

No encontró don Pedro razones para oponer a las de su criado; pero con semejantes explicaciones nada ha-

bía conseguido, pues era otra cosa lo que deseaba saber.

Y sin revelar al sirviente el secreto, no podía dirigirle cierta clase de preguntas.

— ¡Aún no lo entiendo! — murmuró el anciano.

— Pero qué es lo que vuestra señoría desea saber? No puedo decirle de qué medios se ha valido Querubín para hacer lo que ha hecho, aunque supongo que estaba de acuerdo con el sastre, y aun con la misma Consuelo.

— ¡Más quiero saber, mucho más!

— Como nada más ha sucedido...

— Hay algo que tú ignoras.

— Tal vez.

— Y ese algo es muy grave.

— ¡Señor!...

— Nada más puedo decirte. ¡Y quiera Dios que a nadie se le ocurra hablar de ciertos asuntos que conviene olvidar! ¡Repito que me dejaré matar antes que permitir que Consuelo sea deshonrada!

— Lo cual prueba que vuestra señoría es muy escrupuloso y que tiene un corazón muy noble.

— Nada podemos hacer ya contra Consuelo, y, por consiguiente...

— Sí; la dejaremos amar a don Leandro, y que don Leandro la ame, y andando el tiempo y cambiando las circunstancias, llegará a suceder que sea fácil lo que ahora es difícil; es decir, que se casen, sin que nadie pueda estorbarlo.

— ¡Eso no! — replicó vivamente don Pedro.

— Si aún le queda algún recurso a vuestra señoría...

— ¡Tengo un arma terrible!

— Pues no se me alcanza por qué ha sufrido vuestra señoría tanto tiempo; no concibo cómo ha tenido paciencia.

— ¡He querido ser generoso!

—Y así se ha dado lugar a que saquen del convento a mi señora.

—¡Oh!

—Señor, dentro o fuera, triunfar o morir. ¿Asegura vuestra señoría que aún le queda un recurso?

—¡Poderosísimo!

—¿Y que no es menester pensar en la hija de la señora Mariana?

—¡No!

—¿Por qué no acabamos de una vez?

—Ya llegaremos a eso.

—Es el caso que mientras no averigüemos dónde está mi señora, y quién es el miserable que la ha trastornado el juicio...

—Andrés, discurriré como me sea posible hacerlo.

—Ya escucho, señor.

—¿Tienes la seguridad de que don Leandro sabe dónde está mi hija?

—Como que él mismo, con la ayuda de Querubín, la ha sacado del convento.

—Pues si don Leandro lo sabe...

—Antes que decirlo se arrancará la lengua.

—¡Te equivocas!

—¡Señor!...

—¡Déjame, que necesito descansar, recuperar las fuerzas y desaturdirme!

No tenía el criado gran empeño en continuar la conversación.

Ya se había justificado, que era cuanto por de pronto le interesaba.

Tal vez al día siguiente don Pedro volvería a desconfiar de su criado; pero, por de pronto, éste había conseguido mucho.

Antonio acudió para desnudar al anciano, que cayó pesadamente en el lecho.

No era posible que entonces conciliara el sueño; pero a los pocos minutos, quedó como aletargado.

Casi nos atrevemos a decir que su estado era grave.

Entretanto Andrés en su aposento entregábase a nuevas reflexiones.

Por de pronto el negocio se había perdido, que es lo mismo que decir que el miserable no tenía derecho a ser recompensado por el conde de Rocanegra, y, lo que era quizá peor, que éste ya no tendría confianza en el que se había dejado engañar por un hombre tan cándido como el sastre y por un niño, pues poco más era Querubín.

Dinero y reputación, todo lo perdía de un golpe Andrés: no hay que decir que se sentía horriblemente mortificado.

¿Cómo remediar tantos males?

Preciso era principiar otra vez la intriga hasta conseguir apoderarse de Consuelo.

¿Y por qué el señor de Saavedra hablaba de secretos que horrorizaban a la sola idea de que pudieran cometerse cierta clase de abusos con la hija de la señora Mariana?

No lo adivinó el criado, por más que caviló.

Conocía muy a fondo a su señor y sabía que éste no tenía la conciencia muy escrupulosa, sobre todo cuando se trataba de una pobre mujer que nada representaba en el mundo.

¿Qué clase de medio era el que tenía el anciano, según terminantemente decía?

Nosotros lo conocemos; pero Andrés no lo sospechó.

Muy aturdido estaba el señor de Saavedra; pero no menos aturdido se sintió su criado después de reflexionar por espacio de dos horas.

—¡Ira de Satanás!—exclamó— ¡No lo entiendo, pero lo que no da lugar a duda es que todo es obra del

condenado Querubín! ¡Si otra cosa no consigo, le mataré, pues mientras viva no es posible que yo esté tranquilo!

También se acostó el sirviente, buscando el reposo de que tanta necesidad tenía.

A pesar de todo lo sucedido, no había perdido la esperanza.

En el último apuro aprovecharía la primera ocasión para asesinar a Querubín; y muerto éste, todo concluiría.

Así pasó aquella noche inolvidable para los unos y para los otros.

CAPÍTULO LXXXIX

El señor de Guevara cree conseguir mucho, sin conseguir nada

A las once de la mañana siguiente el señor de Guevara se presentó en la morada de don Pedro.

Habíase levantado éste más tarde que de costumbre, y no había salido, pues, aunque deseaba ver cuanto antes a la condesa, quería reflexionar muy detenidamente.

Iba a dar el último golpe, a fijar un plazo fatal y de pocos días, y esto exigía meditación.

Diéronle aviso de que deseaba verle el señor de Guevara.

—¡Me alegro—dijo para sí el anciano—, porque sabré a qué atenerme con respecto a Mariana y a su hija!

Y luego añadió en voz alta:

—¡Puede pasar ese caballero!

El antiguo protector de Querubín se presentó. Su entrecejo estaba arrugado.

Tenía aquella mañana un aire de perdonavidas que no era nada tranquilizador.

—Caballero—dijo al entrar—, aunque considero que necesitáis reposo, las circunstancias me obligan a molestaros.

—Reposo necesito; pero me agrada que no hayáis dejado vuestra visita para otro día.

—Lo cual prueba que deseáis que se fije bien nuestra situación.

—Sí; quiero salir pronto de dudas y saber a qué atenerme, para adoptar la resolución que más me convenga.

—Seré breve.

—Os lo agradeceré.

—Ante todo, convendría que me dijeseis si insistís en que vuestra hija María se case con don Leandro.

—¡Sí!—respondió el señor de Saavedra sin vacilar.

—¿Y cómo obligaréis a don Leandro a que sea esposo de una mujer que ha seguido a otro y en poder de otro se encuentra?

—Siendo Sandoval uno de los que sacaron a mi hija del convento, y siendo tal vez el encargado de guardarla, no puede tener cierta clase de dudas; por consiguiente...

—¡Esas son suposiciones!

—Pero dadme a conocer la verdad, y así evitaréis que yo discurra partiendo de una base falsa. ¿Quién sacó a mi hija del convento? ¿Dónde está? ¡Vos lo sabéis!

—Pero no quiero decirlo.

—¡Don Leandro lo dirá!

—¡Os forjáis una ilusión!

—Caballero, divagamos. Después de lo que anoche sucedió, el asunto principal...

—Es Consuelo.

—Ciertamente.

—No ignorabais que esa infeliz joven es vuestra hija,

es el fruto y el testimonio de vuestra seducción y de un abuso incalificable.

— ¡Señor de Guevara!...

— ¡He venido para hablar con franqueza, para decir lo que siento!

— La debilidad de una mujer no significa siempre un abuso por parte del hombre.

— En el caso de que tratamos, sí.

— ¡Eso no es verdad!

— Conozco la historia con todos sus detalles.

— ¡Imposible, porque la pobre Mariana no puede hablar!

— Pero como Querubín encuentra recursos para todo, pensó en lo que nadie había pensado, a pesar de que era cosa muy sencilla, y la pobre Mariana ha podido dar explicaciones. ¡Mil truenos! ¡Aún no conocéis a Querubín! ¡Si le conocieseis, temblaríais!

El anciano desplegó una sonrisa de profundo desdén, porque pensó que nada podría hacer el atrevido mancebo si no contaba con la condesa.

— ¡Día llegará—añadió el señor de Guevara—en que quedéis convencido de que no exagero!

— Esperaré que llegue ese día.

— Querubín ha enseñado a escribir a la señora Mariana.

— ¡Ah!

— ¿Os sorprendéis?

Contrájose más de lo que estaba la frente del comendador.

Si la infeliz Mariana había aprendido a escribir, ya no había dificultad para que con todos sus detalles diera a conocer la historia de sus horribles desgracias.

Y aquella historia era muy negra; los detalles eran espantosos.

Divulgarlos era bastante para acabar con la reputación

de don Pedro de Saavedra; sin contar con otros muchos disgustos que le proporcionaría.

Tembló don Pedro.

Sin embargo, no pensaba darse por vencido, pues todo lo arrostraría antes que retroceder.

Ya había jurado que María fuera esposa de don Leandro de Sandoval, y era forzoso que así sucediera.

Inútil era proponerle transacciones, pues todo lo más, consentiría en dar un puñado de oro para poner a Consuelo y a su madre a cubierto de las necesidades de la vida.

Por cínico que don Pedro fuese, que siempre no lo era, dolíale que el señor de Guevara, con su ruda franqueza, le arrojase al rostro toda la fealdad de su proceder.

Por algunos minutos guardó silencio, diciendo al fin:

—Está bien, caballero; puesto que todo lo sabéis, no necesito deciros nada. Consuelo es mi hija; le daré para vivir...

—¡No se trata de eso!

—¿Pues de qué?

—Habéis de reconocerla, como don Juan de Monzón ha reconocido a Querubín!

—¡Pedís muy poco, señor de Guevara! —replicó irónicamente el anciano.

—¡Aún no he concluído!

—¿También habré de casarme con Mariana?

—¡Quién sabe!

—¡Caballero, volvemos a divagar!

—Pues os dejo fijar la cuestión a vuestro gusto.

—Si en mi juventud he cometido locuras, los que se crean agraviados tienen abierto el camino de los tribunales para reclamar y hacer valer sus derechos.

—¡Perfectamente!

—Vos no sois mi juez, ni tenéis títulos para hacer re-

clamaciones en nombre de esa mujer, que dice haber sido ofendida; y a menos que intentéis cometer el abuso de apelar a las violencias, a menos que...

—¡Vive Dios!—interrumpió el señor de Guevara.

—No olvidéis de que estoy en mi casa, de que soy un anciano débil, y...

—Señor de Saavedra, ya veis que me domino, pues, si no fuera así, con mi carácter y con la situación en que nos encontramos, Dios sabe lo que habría sucedido. No hemos apelado a las violencias, porque la justicia está de nuestra parte, ni hemos sido traidores, porque nos sobra el valor frente a frente; y si en cierta clase de intrigas nos hemos metido, ha sido por la necesidad de defendernos.

—Y si me hubierais dejado en paz, si no os hubieseis metido en negocios ajenos, si nadie hubiera puesto estorbos a mi autoridad de padre, al ejercicio de mis derechos...

—Habéis hecho más, mucho más.

—No.

—¿Qué tenéis que ver con don Leandro? Si él no quiere casarse con vuestra hija, ¿por qué no le dejáis en paz?

—En paz le he dejado. Hablé con su madre, le dí las razones en que me fundaba para lo del casamiento, y a la condesa le pareció muy bien cuanto le dije. Ella es la que ha querido obligar a su hijo, y la culpa no es mía: si ella desiste, yo también desistiré; pero mientras no suceda así, como tengo mi palabra empeñada, no puedo retroceder.

—Eso es lo que resulta en apariencia; pero, en realidad, no es así, puesto que la condesa se consideraría dichosa si su hijo se casara con Consuelo.

—¿Y por qué no le deja en libertad?

—Motivos tiene que a nadie quiere dar a conocer.

—La culpa no es mía.

—Lo mismo que vos dice terminantemente la condesa.

—¿Lo mismo que yo ?

—Relevadla del compromiso, y ella hará entonces lo que mejor le parezca y lo que convenga a la felicidad de su hijo.

—Os olvidáis del conde.

—Eso es cuenta mía.

—Pues si todo depende de que yo deje en libertad absoluta a la madre de don Leandro, ya está hecho: de mi parte podéis decírselo; pero, en cambio, respetad mis derechos y mis asuntos, dejándome que haga lo que mejor me parezca con respecto a mi hija legítima, respetando también los secretos de mi vida privada.

—Pero si Consuelo quiere también hacer uso de sus derechos...

—Los tribunales decidirán.

—Se produciría un escándalo.

—Nadie ha de perder más que yo.

—Y os advierto...

—¡Ninguna advertencia necesito!

Así el anciano, dando pruebas de ser mucho más hábil que el señor de Guevara, colocó la cuestión en el terreno que le convenía.

La verdad es que, a menos que nuestros amigos apelasen a la violencia, nada podían conseguir; y aun así, siempre quedaba de por medio la reputación de la infeliz madre de Leandro, siempre aquel misterio que era el arma terrible del comendador.

Había éste decidido ser implacable, y no retrocedería.

El señor de Guevara cayó en el lazo.

El comendador acababa de comprometerse a ceder si la condesa cedía, y esto no podía dejar de cumplirlo el anciano.

Resolver la situación en cuanto a María, era lo mismo que andar la mayor parte del camino.

No pensó el señor de Guevara que aquel triunfo, alcanzado con demasiada facilidad, había de ser falso.

—Está bien—dijo el antiguo protector de Querubín—; no lo olvidéis.

—He dado mi palabra, y la cumpliré.

—¿Y si no la cumplís?

—Derecho tendréis para todo.

—Yo también cumpliré lo que prometo.

—¡Pues hemos concluído!

El señor de Guevara se puso en pie.

—¡Esperad!—dijo el comendador.

—¿Qué queréis?

—Haceros una pregunta.

—Ya os escucho.

—¿Sabe María que Consuelo es su hermana?

—Anoche lo ignoraba.

—Pero ahora...

—No puedo contestar con seguridad, pues tal vez le revelen el secreto mientras me encuentro aquí.

—Si así no ha sucedido, os ruego que empleéis toda vuestra influencia para que esa niña inocente siga ignorando lo que produciría en su alma el peor efecto.

—Si de mí depende evitarlo, lo evitaré.

—¡Gracias, caballero!

—Pero ya sabéis que mi voluntad no es bastante.

—Por eso he hablado de vuestra influencia.

—¡Descuidad!

—Hablarle de semejante asunto, es hacerle más daño que a mí.

—Lo comprendo.

—Aunque sois mi adversario, no somos verdaderos enemigos, y, lo mismo que siempre, reconozco ahora vuestras nobles cualidades.

—Os agradezco la justicia que me hacéis.

—En cuanto a la desgraciada Consuelo, debo deciros que nada tiene que temer de mí, pues, por el contrario, la protegeré contra el conde y contra todo el mundo.

—No creo posible que olvidéis que, al fin, sois su padre.

—¡No, no lo olvido!

—El conde de Rocanegra desistirá de su empeño: y si no desiste, como yo me declaro protector de esas infelices mujeres, tendrá que entenderse conmigo. Decídselo así a vuestro criado Andrés, porque si una vez le hemos perdonado, no seremos tan generosos en adelante.

—Andrés obraba de acuerdo conmigo, aparentando servir al conde, aunque en realidad lo que nos proponíamos era salvar a Consuelo.

—Andrés es un miserable que os engañaba.

—¡No puedo creerlo!

—Tengo pruebas.

—¡Oh! ¡Si yo las tuviera!...

—Dentro de pocos días os convenceré.

—Os lo agradeceré mucho.

Muy poco más hablaron.

El señor de Guevara, completamente satisfecho, se despidió y salió.

Don Pedro de Saavedra llamó a su criado Andrés, y le dijo severamente:

—Ni un solo paso darás sin mi conocimiento y autorización. ¡Ni un solo paso; entiéndelo bien!

—Ya lo entiendo.

—El asunto va a quedar decidido en pocas horas y de una vez.

—Me alegraré mucho.

—Comeré, luego saldré, y entretanto...

—Aquí me tendrá vuestra señoría, y quedará convencido de mi lealtad.

Media hora después el señor de Saavedra empezó a comer.

Había decidido descargar aquella tarde el último golpe.

Entretanto el señor de Guevara dirigíase a la calle del Barquillo en busca de Leandro y de la condesa para decir a ésta que el comendador la relevaba de todo compromiso y que podía decidir con la más completa libertad.

¡Infeliz madre!

Lo que aquella libertad significaba lo sabemos ya.

CAPÍTULO XC

Cómo se desvaneció la ilusión del señor de Guevara

Muy satisfecho, y hasta orgulloso, iba el señor de Guevara.

No quiso perder el tiempo en ir en busca de Querubín para participarle lo que sucedía, sino que desde luego decidió conferenciar con la condesa, evitando, si le era posible, ver a Leandro.

Con la mejor buena fe del mundo creía don Godofredo que iba a triunfar inmediatamente, y si a nadie mezclaba en el asunto, si de nadie reclamaba ayuda, toda la gloria sería para él.

Firme en su propósito, cuando entró en la suntuosa morada de la calle del Barquillo, solicitó desde luego la honra de ver a la ilustre condesa, y a los pocos minutos fue por ésta recibido.

No hay que decir que la madre de Leandro estaba ya al corriente de cuanto había sucedido la noche anterior. Felicitábase porque se hubiera salvado Consuelo; pero

sufría mucho porque veía muy cercano el desenlace del drama, desenlace que no podía ser más que uno.

La pobre madre, para salvar su honor, tendría que concluir por sacrificar la dicha de su hijo Leandro, así como también la de Querubín, y después que los hubiera hecho desgraciados para toda la vida, anhelaría la muerte como el único descanso.

Hemos hecho ya toda clase de reflexiones sobre la situación de la condesa, y no debemos repetirlas para que se comprenda perfectamente que tenía que sucumbir a las exigencias del comendador.

Apenas había dormido la noche anterior la madre de don Leandro, y así lo decía bien claramente su rostro.

Como nunca era profundamente triste, y hasta dolorosa, su mirada, por más que la infeliz se esforzaba en disimular.

Se cruzaron las frases más corteses.

La expresión del semblante del señor de Guevara contrastaba con la del de la condesa.

El fuego de la alegría escapábase por los ojos del señor de Guevara, que dio principio a la conversación diciendo:

—Señora, es preciso concluir de una vez, porque no hay fuerzas para resistir por mucho tiempo esta vida de agitación, sobresaltos y lucha.

—Todo tiene su término, y el de esta situación está cercano—respondió la condesa.

—Hemos ganado días y días, y así hemos podido llegar a colocarnos en terreno ventajoso; pero ya no debemos esperar nada.

—¿Podemos hacer algo?

—Eso habéis dicho muchas veces, lo repite sin cesar vuestro hijo Leandro...

—¿Y Querubín?

—¡Oh! No se da por vencido: ya debéis de conocerle.

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1 - J. Wain	- Relatos	11 - El Lince	- El cometa asesinado
2 - "	- El hotel por suicidio	12 - "	- Indefectible en duelo
3 - "	- (Pó. vta)	13 - La Bruma	- El maltrato del espacio
4 - "	- La ardiente de una mujer	14 - "	- Al otro lado del mundo
5 - "	- La venganza del Duque	15 - Settembrini	- El capitán Lageritz de Jerez
6 - "	- El secreto de Mari-Blas	16 - "	- Los señores de Príncipe y la Gloriosa
7 - "	- Utraje Mortal	17 - "	- La marquesa difunta
8 - Espinosa	- Las cosas van	18 - "	- La familia
9 - El Lince	- Bala, tomo I	19 - "	- El secreto de la noche
10 - "	- " - II	20 - "	- El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN DÓLARES

\$2.00 POCOS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS